**El Aguilucho**

Por Jim Elliff

Ilustrado por Caffy Whitney

No es tan sorprendente que un aguilucho quiera volar. *Este* aguilucho realmente quería volar. Vivía con su madre y padre en la última rama del árbol más alto en Punta Claravista. Este tremendo árbol viejo casi tocaba las nubes al estirarse de la saliente rocosa. Dos imponentes peñascos escarpados, uno al frente del otro formaban un cañón profundo llamado Muerte Segura.

Cada día el débil aguilucho miraba cómo su majestuosa madre extendía sus largas alas por encima del cañón Muerte Segura. Bajando, bajando, bajando en forma de espiral, pronto se veía como una pequeña mota girando bien abajo. Allí, abajo en el rugiente río, ella atrapaba los peces que el aguilucho comería con su madre en el nido arriba.

¡Oh, cuánto quería volar! Y si no fuera por el mandato de su padre, lo haría en ese mismo momento.

Poco después de haber nacido, su padre vino volando para darle un mensaje alarmante. Se inclinó hacia la carita sorprendida del aguilucho, y advirtió severamente, **“¡El día que vueles, es el día que mueres!”**

Su madre le hacía recordar que el obedecer sería para su propio bien, le salvaría la vida. Día tras día, antes que la madre estirara sus alas para volar abajo, le advertía de las palabras de su padre.

Pero con todo, el aguilucho quería volar. Un día, después de haber apreciado por mucho tiempo el vuelo silencioso de su madre por las corrientes de aire, sintió que sus propias alas se estaban estirando lentamente.

Sin darse cuenta, ¡estaba de puntitas brincando alrededor del borde del nido imaginándose volar por el aire! De pronto, ¡perdió el equilibrio y casi se cae! Recuperando el equilibrio, rápidamente metió sus alas y sacudió su cabecita velluda. Recordó esas espantosas palabras de su padre, “El día que vueles, es el día que mueres.”

Pero mientras miraba más allá del borde del nido, pensaba nuevamente qué sería poder planear sobre el aire.

“¿Por qué es que quiero hacer lo que no debo hacer?” reflexionaba el aguilucho descansando su cabeza al filo del nido. “Quizá mi padre sólo está intentando hacerme la vida imposible.” De pronto se le metió una idea a la mente que nunca debió tener.

“¡Yo soy lo suficientemente grande para hacer lo que quiero!” se dijo. “¡Me muero si no vuelo!” Entonces, neciamente y muy apresuradamente, el aguilucho se asomó al borde del nido, alzó sus alas y… ***¡saltó!***

Solo tomó un segundo para que el aguilucho se dé cuenta de que había hecho lo malo. Sus escuálidas alas no tenían grandes plumas ni músculos fuertes como para planear sobre las corrientes de viento ni para resistir el aire e impedir su caída. De pronto, el viento tiró sus alas para arriba, sus patas las siguieron, y empezó a caer tan rápidamente como una piedra.

Estaba sentenciado. Acelerando más y más, pasaba una y otra saliente. Estaba cayendo en picada a su muerte, y lo peor de todo es que no podía hacer nada para salvarse.

Claro, podría intentar olvidarse de lo que pronto pasaría y gozarse del paisaje espectacular de la montaña al bajar. Pero eso era imposible. Por más que intentaba, sus espantosos pensamientos no le dejaban. “Moriré. Fue decisión mía,” pensó. “Hice lo que quise y recibiré lo que me prometió mi padre. No hay gozo en esta libertad mía, sólo hay pena y muerte. He desobedecido y estoy perdido para siempre. ¡Odio mi pecado! ¡Este es el día que vuelo y el día que muero!”

Ahora sabía que su única esperanza era que otro, fuera de sí, le ayude. Necesitaba un rescatador. Conocía solamente a uno que podría lograrlo. ¡Oh, cómo obedecería gozosamente si sólo su padre viniera para ayudarle ahora!

En su temor y desesperación pegó un grito… “¡A-U-X-I-L-I-O!” La palabra hizo eco en las paredes del profundo cañón, “AUXILIO, auxilio, auxilio, auxilio.”

De repente, justo antes de llegar al fondo de la Muerte Segura, escucho un ***“¡zzzzzum!”***

Sintiendo las afiladas y penetrantes garras en su espalda, su cabeza se propulsó hacia adelante al parar en pleno aire. Inmediatamente cambió de dirección. ¡Era su padre! Justo, en el momento preciso, su padre, a quien él había desobedecido, había venido para rescatarlo.

Mientras las poderosas alas de su padre tiraban con fuerza alzándoles más y más hacia arriba, los ojos del aguilucho se llenaron de asombro y de lágrimas. Las lágrimas cayeron al río abajo, lágrimas de gratitud y de amor, pues pronto el que merecía morir estaría a salvo en su nido.

Una Lección de Vida y Muerte

¿Sabías que *tú* eres como ese aguilucho? La Biblia nos dice que todos hemos elegido hacer lo que *nosotros* queremos en vez de hacer lo que el *Padre* dice que hagamos. Nuestra desobediencia se llama pecado. Vez tras vez pecamos contra Dios. ¡Y Dios nos ha advertido que la persona que peca morirá!

Es una muerte horrible la del pecador. El aguilucho iba a morir al fundo del cañón Muerte Segura, ¿te acuerdas? Pero la muerte del pecador es mucho peor que la del aguilucho. No solo morirá el *cuerpo* del pecador un día, sino que su *alma* también será lanzada para siempre a un lugar llamado el infierno. Es difícil de explicar qué tan horrible es el infierno. Jesús dijo que es un lugar de tormento y dolor, lleno de tristeza y aflicción. Es una muerte viviente. Y lo peor de todo, es que la gente que va al infierno nunca saldrá. El infierno es para siempre.

Así como el aguilucho, tú has desobedecido al Padre. Y tú mereces ir al infierno. Dios mismo deberá enviarte allí, pues él es justo. Esto es la verdad, Jesús mismo lo enseño.

Pero escucha que más dice la Biblia, “Porque mientras aún éramos débiles, a su tiempo Cristo murió por los impíos…Dios demuestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.” (Romanos 5.6,8) Así como el aguilucho era muy débil para ayudarse a sí mismo mientras caía a su muerte, nosotros también somos incapaces de auxiliarnos y salvarnos del infierno. Pero Cristo murió para llevar en sí mismo el castigo de Dios por los pecados de *todos* los que creen, para que nosotros no tengamos que morir por nuestros pecados. ¡Qué tan grande muestra de amor! Y para comprobar sin duda que él conquistó el poder del pecado y de la muerte, resucitó de los muertos después de tres días. ¡Él está vivo ahora!

La Biblia dice que Cristo te salvará de esta terrible condenación llamada el infierno si vienes a él. Pero, ¿cómo se hace eso? La Biblia dice que debes venir con *arrepentimiento* y *fe*.

¿Te recuerdas lo que dijo el aguilucho mientras caía? “Moriré. Fue decisión mía,” pensó. “Hice lo que quise y recibiré lo que me prometió mi padre. No hay gozo en esta libertad mía, sólo hay pena y muerte. He desobedecido y estoy perdido para siempre. ¡Odio mi pecado! ¡Este es el día que vuelo y el día que muero!” Se estaba arrepintiendo de su desobediencia. El arrepentimiento es un cambio de pensar. El arrepentimiento dice, “Odio lo que antes amaba, y amo lo que antes odiaba.”

¿Tú odias tu pecado? ¿Tienes un deseo de que Dios te cambie? ¿Quieres ser obediente si Dios te da la habilidad? ¿Quieres que Cristo sea el Señor de tu vida?

La fe es poner tu confianza en Cristo para que te salve de tu vida de pecado y el infierno que mereces. El aguilucho no tenía en quien confiar mas que en su padre. Miró sólo a su padre para el auxilio. Y tú no tienes esperanza mas que en Cristo. Él murió por pecadores como tú. Inclusive, él hace *todo* para salvar al que viene a él. Cada creyente se dará cuenta algún día de que aun el deseo de ir a él es un regalo de él.

Dios dice que todos los que se arrepienten y creen (tienen fe) en Cristo y lo que él hizo en la cruz recibirán el regalo de la vida eterna. Cuando mueren, irán al cielo; y mientras viven, conocerán, amarán, y servirán a Cristo en una manera maravillosa y personal.

¿Puedes entender por qué cayeron las lágrimas del aguilucho después de ser rescatado? Fue cambiado de uno que odiaba obedecer o uno que amaba obedecer, y ahora estaba a salvo en el poder de su padre, camino a su nido arriba.

¡Cuánto más agradecido debería estar un creyente! Dios le ha dado la habilidad de arrepentirse y confiar en Cristo para el perdón de sus pecados y le ha dado la vida con él en el cielo.

La Biblia dice que hay un camino que parece bueno pero termina en la muerta. El fin de una vida de desobediencia a Dios es la Muerte Segura. Pero el regalo de Dios es la vida eterna en Cristo Jesús para todos los que creen y confían en él. Debes hacerlo o morirás por toda una eternidad en el infierno. Dios lo dice. Es la verdad.

¿Te has arrepentido y confiando en Cristo? Ora pidiendo que puedas *saber* si has llegado a ser su hijo o no. Si te has arrepentido y creído, no serás perfecto, pero serás una persona cambiada y un verdadero cristiano. Y no te olvides de estar tan agradecido como lo estuvo el aguilucho. Tu salvación es mucho más asombrosa que la de él.

1. Tú has pecado contra un Dios santo. (Romanos 3.10-12,23; Santiago 2.10)

2. Por tu pecado mereces el juicio de Dios en el infierno eterno. (Romanos 2.5-6; Juan 5.28-29)

3. Jesucristo murió en la cruz. Allí él llevó el castigo que los pecadores merecen por sus pecados. Luego, resucitó de la muerte, conquistando el pecado y la muerte una vez para siempre. (Isaías 53.5-8; 1Corintios 15.3-4)

4. Tú debes arrepentirte y creer. Pon toda tu confianza en Cristo como tu único Salvador del pecado y la muerte. Tenlo como el Señor o Amo de tu nueva vida en él. (Juan 3.36; Hechos 3.19; 16.31; 1Tesalonicenses 1.9-10)

5. Llegarás a tener más seguridad de tu vida en Cristo al seguir arrepintiéndote y confiando en Cristo, al actuar como un verdadero Cristiano. (Mateo 13.23; 1Juan 3.4-6)

Copyright © Jim Elliff 1994

Derechos reservados.

**Christian Communicators Worldwide**

201 Main, Suite #3, Parkville, MO 64152

**www.CCWonline.org**